

ALBERTO VITAL

80 años no es nada: Carlos Fuentes entre la memoria, la imaginación y la fantasía

Me parecen una sincera felicitación cuatro catedráticos e investigadores –Martha Elia Arizmendi Domínguez, Humberto Florencia Zaldívar, Gerardo Meza García y Gregorio Martín Mondragón Arriaga– por reunir en tan pocas páginas tanta sustancia analítica en torno a la obra del célebre novelista, cuentista, ensayista y dramaturgo mexicano, nacido hace 82 años. Los libros breves se agradecen hoy más que nunca, pues la multitud de ofertas y la poca disponibilidad de tiempo son los dos factores más influyentes en la vida editorial contemporánea. Los dones de la brevedad y la contundencia seguramente facilitarán que este libro llegue a más de un lector, es decir, que alcance a los lectores de los que se ha hecho digno.

Por mi parte, leí *80 años no es nada* en muy poco tiempo y saqué conclusiones que no hubiera obtenido en ninguna otra parte. Los cuatro autores comparten la virtud de saber hilvanar reflexiones propias, originales, y citas oportunas, estimulantes. La cita podría verse como un género aparte, autónomo, además polifónico. Mediante la cita, un texto

LA COLMENA 60, enero-marzo 2011

académico es hasta cierto punto como Felipe Montero, el protagonista de *Aura*, y es como la heroína epónima, la famosísima Aura: un desdoblamiento de por lo menos dos edades, de por lo menos dos voces en un solo espacio carnal o textual. Uno se reencuentra aquí con Martha Elia Todorov, con Humberto Ricoeur, con Gregorio Bachelard, con Gerardo Harss o Gerardo Beristáin, fundido en este último caso nuestro querido anfitrión de tantas memorables ocasiones, Gerardo Meza, y la no menos querida y admirada Helena Beristáin. Todos ellos se encuentran en estas páginas que no tienen desperdicio.

Carlos Fuentes debe sentirse satisfecho con la recepción de su obra en México y con la manera como su octogésimo aniversario de vida y el primer medio siglo de *La región más transparente* no fueron pasados por alto en nuestras tierras, las suyas.

Yo nunca he tenido la oportunidad de hablar con él. Mi generación y otras generaciones de mexicanos no se han visto beneficiadas por ese gigantesco regalo que habría significado aunque fuera un semestre de literatura universal con Carlos Fuentes. La voz viva es irremplazable. La cátedra directa, con el derecho de irse luego a tomar un café con el profesor para seguir hablando de lo que apasiona a todos, democráticamente, no tiene sustituto alguno. Nos conformamos entonces con los libros de Carlos Fuentes. Y los muchos y muy valiosos libros sobre Carlos Fuentes son lo más cerca que podemos estar del famoso hombre de letras, cuyo arraigo-desarraigo mexicano-mundial parece haberse trasladado a sus criaturas, conforme a una expresión muy lograda de Humberto Florencia Zaldívar en estas páginas: “Los personajes de Fuentes no pertenecen a ninguna territorialidad, son producto de un aborto cultural, esto es, de un nacimiento colectivo que no les permite reconocerse en ningún sitio, pero, a su vez,

se identifican con la cultura general” (p. 34). Independientemente de que en el Guanajuato de *Las buenas conciencias* al novelista ya lo habrían encarcelado por practicar el aborto, aunque sea cultural, aunque sea de personajes, aunque sea porque un nacimiento colectivo equivale a un aborto cultural, es indudable que las páginas de *80 años no es nada* van dándonos un retrato por pinceladas tanto del hombre como de su obra.

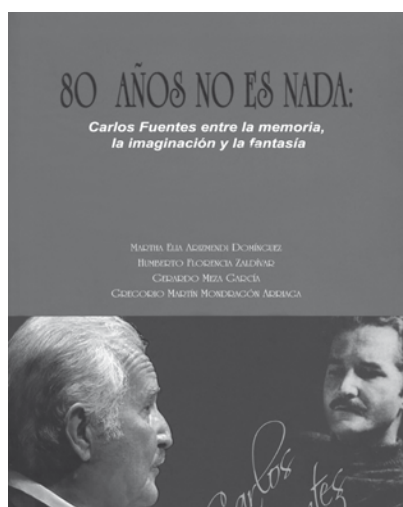
El propio Humberto Florencia Zaldívar deja abierta la puerta a la polémica al final de su texto “*Gringo viejo*: mirarse, negarse y repetirse entre culturas”. Me parece muy saludable, muy refrescante, el hecho de que los académicos abramos espacios para la discusión sobre temas generales, como el que plantea Humberto Florencia Zaldívar, o sobre temas específicos de los estudios literarios, como el que provoca Gerardo Meza al demostrar que no es tan mecánica y obvia como creíamos la idea de que *Aura* es sin más un relato fantástico. Este tipo de propuestas y de argumentaciones permiten que nuestros alumnos (los lectores más probables y deseables de libros como el que aquí presentamos) recuperen la vieja definición del humanista, quien a juicio de Ernst Robert Curtius es un ser abierto a la polémica, a la discusión pública, nunca como un ataque a la persona del colega, jamás como un rechazo visceral a las posturas y a las ideas del otro, sino como una manera de crear modelos de consenso crítico que después vayan y se apliquen a la sociedad.

Quizás esto último sea la razón de ser de las humanidades en una sociedad tan lastimada, tan sumida en la incertidumbre y en el disenso como la mexicana: la creación de modelos de consenso crítico mediante la discusión sobre textos literarios, fenómenos históricos y sociales, descubrimientos antropológicos, explicaciones económicas, etcétera, las ciencias sociales y humanas podrían pasar el examen

que les hiciera la sociedad si le devolvieran a ésta una competencia crítica y analítica y constructora de consensos muy superior a, por ejemplo, la de la clase política, a fin de que aquéllas fueran un ejemplo permanente para éstas.

La obra de Carlos Fuentes se presta no sé si maravillosa o fantásticamente para lo anterior. Es óptima para que —en su vastedad, en sus cimas y sus simas, en sus momentos paradigmáticos y en sus momentos desconcertantes, en su tratamiento de temas absolutamente fundamentales—, nos aboquemos a una serie de discusiones generales sobre la literatura en sí y sobre las grandes preguntas y respuestas que pasan por una escritura como la de Fuentes.

La obra de don Carlos es antológica como consecuencia de su vastedad y de su diversidad: salvo la inclusión unánime de textos ya clásicos, como el cuento que aquí estudia con singular agudeza Martha Elia Arizmendi, como desde luego *Aura*, *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz*, como “Muñeca reina”, también trabajados aquí, el resto de su corpus suscita las más diversas reacciones, de modo que cada uno de nosotros, puesto a elegir los escritos de Fuentes con los que se quedaría, aparte de los ya citados, haría una lista más o menos distinta. Por ejemplo, después del Fuentes asombroso y desbordante de la primera época, cuando con novelas como *Zona sagrada* y *Cambio de piel* elevó muchísimo el listón de la narrativa urbana, cosmopolita e innovadora, yo en lo personal me quedo con *Agua quemada*, *La cabeza de la hidra*, *El naranjo* y *Diana o la cazadora solitaria*, por citar mis elecciones más



Martha Elia Arizmendi D. et al. (2010), *80 años no es nada: Carlos Fuentes entre la memoria, la imaginación y la fantasía*, Toluca, UAEM, 90 pp.

claras e indudables. Desde luego, un debate sobre México y el mundo contemporáneo a partir de una relectura de Carlos Fuentes se ubicaría muy por encima de la selección del canon propio, del canon intangible que cada uno de nosotros elabora, y se iría a cuestiones como la presencia de la literatura en un país en que cada día la televisión y el cine parecen arrancarle un lector (o cientos de lectores) a la lectura, y a cuestiones que aparecen en el último Fuentes, como la ceguera de las élites políticas,

ocupadas casi sólo en la sucesión presidencial, tema y contenido fundamentales de *La silla del águila*, de 2003, la novela con que Fuentes responde a la transición democrática del 2000 (y lo hace de manera sumamente crítica), o como la violencia y sus formas recientes en México, tema y contenido de *La voluntad y la fortuna* (2008) y de *Adán en Edén* (2009).

Estoy seguro de que los cuatro autores de *80 años no es nada: Carlos Fuentes entre la memoria, la imaginación y la fantasía* tendrían un lugar en un congreso-debate de este tipo, sin duda más rico y más adecuado que el 2010 de centenarios y bicentenarios y los juegos pirotécnicos a los que nos resignamos la noche del 15 de septiembre.

Empecé con una felicitación y termino con otra. Congratulo a los editores por un tomo tan limpio, tan grato a la vista, tan propicio para la lectura. El diálogo de la portada entre los dos Fuentes reverbera todo el tiempo a lo largo de la gozosa apropiación de estas páginas. Insisto: Carlos Fuentes tiene que estar muy agradecido con sus lectores y con sus estudiosos mexicanos. LC